

REDES DE POESÍA LATINOAMERICANA: DOS EDICIONES ARGENTINAS DE POETAS PERUANOS

Varela, Blanca. *Las cosas que digo son ciertas. Poesía completa (1949-2000)*. Buenos Aires, Gog & Magog/Caleta Olivia, 2023, 260 pp.

Montalbetti, Mario. *Lejos de mí decirles. Poesía reunida (1978-2018)*. Buenos Aires, Mansalva/n direcciones, 2023, 476 pp.



Mercedes Alonso

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto Interdisciplinario de Estudios de América Latina.
meralonsa@gmail.com

La aparición en 2023 de los poemas completos de Blanca Varela y de Mario Montalbetti hace pensar que algo tenemos con los peruanos. Sus nombres nos suenan, desde Vallejo y Martín Adán hasta estos, sin olvidar a José Santos Chocano, el modernista —y poeta nacional—, y a José Watanabe, entre los actuales. Azar o construcción, lo que ocurre con la recepción argentina de los poetas peruanos llama la atención porque estamos (mal)habituados a la escasa circulación de la literatura de los otros países de América Latina; más aun a su edición local. La aparición, en el lapso de un año, de *Las cosas que digo son ciertas (Poesía completa 1949-2000)*, de Blanca Varela, y *Lejos de mí decirles (Poesía reunida 1978-2018)*, de Mario Montalbetti, es un acontecimiento.

La primera no tenía ediciones locales, salvo por la artesanal de *Cantovillano* que hizo Lluvia Dorada. El segundo se vino construyendo un lugar de manera fragmentaria y dispersa en varias editoriales: Mansalva había sacado en 2017 *Huir no es el mejor plan (Antología 1978-2016)*, al cuidado de Gerardo Jorge, que vuelve a estar a cargo de la poesía completa y que dirige n direcciones, editorial de poesía, ensayo y libros de artista, en la que aparecieron *Cajas*, en 2018, *El pensamiento del poema* y *Sentido y ceguera del poema*, en 2022. El terreno se venía preparando: en 2018, Añosluz editaba *Apolo Cupisnique* (de 2012, igual que *Cajas*) y, en 2019, aparecía *El lenguaje es un revólver para dos* (2008), con un estudio de Cristian De Nápoli, en Caleta Olivia, la editorial que ahora publica la poesía de Blanca Varela. Ambos cuentan con ediciones anteriores de su poesía completa, las dos españolas: Varela en *Donde todo termina abre las alas* (Galaxia Gutenberg, 2001) y Montalbetti

en un volumen de Ediciones Liliputienses que lleva el mismo título que la edición local, salvo por la fecha final, que deja afuera *Notas para un seminario sobre Foucault* (2018), al igual que la edición mexicana de 2013.

El esfuerzo es colectivo. Así como la presencia de Montalbetti en las editoriales y las librerías argentinas va de Mansalva y n direcciones a las otras para volver a ellas, la entrada de Varela necesitó de la alianza de Gog & Magog con Caleta Olivia. Todas son editoriales independientes. Las dos que editan a Varela se dedican sobre todo a la poesía, aunque Gog & Magog haya incorporado una colección de narrativa y otra de ensayo y haya publicado una biografía —de la poeta Juana Bigozzi— y Caleta Olivia cuente con unos pocos libros de narrativa —entre los que está la novela de la poeta Andi Nachon, *Dos o tres días de fiesta*—. Las dos son responsables de haber instalado objetos que antes no existían: las poetas norteamericanas Sharon Olds, la primera, y Mary Oliver, la segunda. ¿Se podrá esperar lo mismo de la edición de Blanca Varela? En el catálogo de Mansalva, la poesía y la narrativa van juntas en la colección “Poesía y Ficción Latinoamericana”. La apuesta, que puede atribuirse a la dirección editorial del poeta Francisco Garamona, es que la poesía circule igual que la narrativa.

Hay una red de editoriales locales; otra entre poetas peruanos y argentinos y otra que une a Montalbetti con Varela. La aparición conjunta en el campo editorial argentino no es obra del azar, sino del interés sostenido en Montalbetti, en las escritoras y en la edición de poemas completos o reunidos, una forma de ponerse al día con quienes carecían de ediciones locales o de recuperar las publicaciones independientes, repartidas en libros chiquitos de tiradas cortas, efímeras aunque cuidadosas. Si se les atribuyen estos propósitos, podría ser que a las dos ediciones les falte una presentación que introduzca a los poetas en el ámbito local. Las dos son minimalistas: todos los libros publicados, en orden cronológico, a los que, en el caso de Montalbetti, se agrega la sección “Otros poemas” con los no recogidos en libros, que ya habían aparecido en *Quasar y otros poemas* (Personaje secundario, 2023); títulos y contratapas como única marca editorial.

Los dos títulos son versos de los poetas. “Lejos de mí decirles compañeros” es uno de los poemas de *Ocho cuartetas en contra del caballo de paso peruano* (2008). Más allá de la amputación de la última palabra, que parece un gesto local, la elección señala un poema que se puede leer como arte poética. Con forma de discurso o arenga, Montalbetti establece sus bases como si fueran las de un colectivo: “compañeros nuestros versos están demasiado pesados demasiado cargados de castellano/ demasiado escritos

en una lengua muerta el castellano es una lengua muerta”, empieza, y agrega: “compañeros de generación seamos menos comprensibles menos tolerantes seamos menos”, “¿para qué queremos ser plásticos? mejor la línea recta”, en los que aparece el rechazo de la metáfora y de la construcción de significado que son su práctica antes que su prédica. “Las cosas que digo son ciertas” es el título del segundo poema del primer poemario de Varela, *Ese puerto existe* (1959). La portada, fuera de su contexto, parece una afirmación sobre la literatura: ¿puede ser cierta la poesía? Los títulos dialogan; se ensamblan para decir —un verbo que incluye los dos— una relación con las cosas que no pretende imponerse. El poema no miente ni dice la verdad porque no lo orienta el significado, dice Montalbetti. Las cosas pueden ser ciertas, pero no certeras.

La figura de Gerardo Jorge, que está detrás de la edición de Montalbetti, es parte de la red que integra a los peruanos al campo local. El más reciente de sus libros, *Polvera de las enciclopedias* (Mansalva, 2023), escrito con Arturo Carrera, se presenta como intervención frente a la pregunta de cómo hablar de poesía. Como Montalbetti, juntan la poesía con el ensayo; los tres hacen del poema el lugar de la reflexión sobre la poesía y sobre la lengua. Se cita mucho “Poema en homenaje al V Congreso Nacional de Filosofía del Lenguaje, Huampaní 26-28 de junio de 2010” (*Apolo Cupisnique*, 2012), en el que Montalbetti, que es lingüista, se pregunta por la diferencia entre una vaca y el lenguaje para concluir que “la vaca cruza el camino/ sin rodeos/ el lenguaje no puede hacer eso”. Se entiende la red de poetas: el interés de Gerardo Jorge continúa las preocupaciones con las que escribe sobre Leónidas Lamborghini o Augusto de Campos, con las que hace su poesía, con las que edita libros de artista: la sintaxis del poema, su lenguaje, sus límites.

Me quedo con otro sobre la lengua de la poesía: “Sobre la expresión ‘llevar un peso en el corazón’” (*El lenguaje es un revólver para dos*, 2008):

Eso que llaman “lleva un peso en el corazón”
no se parece en nada o se parece
al peso de medio kilo de aceitunas negras
envueltas en una bolsa de papel marrón.

Un poema que tiene como tema y objeto el lugar común como espacio donde la poesía trafica con la lengua cotidiana. Contra eso escribe Montalbetti en el libro sobre Blanca Varela *El más crudo invierno. Notas a un poema de Blanca Varela* (Fondo de Cultura Económica, 2016). Él se pone en la estela de ella,

que es su predecesora inmediata; en 1978, él publica su primer libro, *Perro negro*, y ella el tercero, *Canto villano*, en el que reedita los anteriores para sumarle los nuevos. A partir del “ripio” que detecta en un poema de *Concierto animal* —“lo más crudo del invierno”—, Montalbetti se manifiesta en contra del significado y a favor del sentido, al que entiende como una dirección hacia la que el poema orienta su indagación en el lenguaje. Los poetas se encuentran en la oposición a la poesía basada en metáforas e imágenes que haya que interpretar. Eso que estaba en los títulos: una relación más directa entre las palabras y las cosas que no es lo llano —la lengua muerta sometida a las leyes del lenguaje— sino, tal vez, lo cierto.

Los problemas del lenguaje no son solo de la lingüística, sino de la tradición de la poesía peruana. Basta pensar en Vallejo: “todos los poetas peruanos escriben con Vallejo soplandole en la nuca” dice Montalbetti en una entrevista con Juan Carrique:¹ “te enseña a hacer algo, que es esta especie de experimentación con el lenguaje, pero no puedes hacer la misma cosa”. Vallejo es una forma de entender la poesía; una cita en el nombre de la revista de Abelardo Oquendo y Mirko Lauer en la que Montalbetti escribe desde la década de 1980, *Hueso Húmero*, en el que resuenan los que se ponen “a la mala” en “Piedra negra sobre una piedra blanca”, y objeto de “remake”, como llama Montalbetti a las reescrituras, en “Momentos estelares del Estado-Nación Perú” (*Ocho cuartetas en contra del caballo de paso peruano*, 2008):

el amor tiene algo del odio de dios
el amor siendo humano tiene algo del odio de dios
el odio de dios no es humano
el amor siendo humano tiene resaca y delito
el amor humano se empoza y se quema en la puerta del horno
como el odio de dios
como el odio ciego de dios
su luces su luces el sol

A la forma en que Blanca Varela se enfrenta a la lengua se podría entrar por el mismo poema sobre el que escribe Montalbetti, pero no por el lugar común, sino por el verso agramatical que cierra la segunda estrofa: “mi cabeza dentro de otra cabeza/ y más adentro aún/ la no mía cabeza”. De la imposibilidad física a la imposibilidad sintáctica, la escritura de Varela está menos

1. En *Arte Zeta*. Disponible en: <https://artezeta.com.ar/mario-montalbetti-entrevista/>

en el rigor de la reflexión lingüística que en la exploración de los límites de lo decible. De Vallejo al otro César de la literatura peruana: Moro, que es parte de la línea surrealista de la que se suele hacer descender a Varela.

Esa es la red peruana. La red local que permite su recepción es más acotada que la de Montalbetti y aparece resumida en este libro: la edición de Vanina Colagiovanni, la contratapa compartida entre María Negroni, con un fragmento de un artículo sobre poesía de mujeres en América Latina, y Octavio Paz, con un extracto del prólogo al primer libro de Varela. Salvo por él, la red es de mujeres. Más allá de los nombres que la reciben en presente, están las líneas que tiende cada una de ellas hacia el pasado: hacia la brasileña Ana Cristina César, a la que nombra Negroni, y a las argentinas que no nombra: Susana Thénon, de quien editó la poesía completa junto con Ana María Barrenechea (*La morada imposible I y II* y *Paraíso de nadie*, en la editorial Corregidor), y Alejandra Pizarnik, sobre quien escribió su tesis, luego convertida en libro: *El testigo lúcido* (2017). Las dos, nacidas diez años después que Varela, son casi sus contemporáneas. Con Pizarnik, comparten la continuidad con el surrealismo. Con Thénon, la exploración sintáctica, que aparece, por ejemplo, en los blancos dentro de los versos que la argentina usó en *Distancias* (1984) y la peruana a lo largo de toda su obra. En “Monsieur Monod no sabe cantar” (*Canto villano*, 1978) es visible su uso para decir dos cosas a la vez:

en la trampa del ser
o del no ser
o de no quiero esto sino lo otro
tú sabes
(...)
la pasión la obsesión
la poesía la prosa
el sexo el éxito

Los vacíos en el verso son también la escritura del silencio, en la que hace énfasis la versión de Varela que presentan Gog & Magog y Caleta Olivia cuando recortan, para la solapa, la frase: “Para mí la poesía es respiración y silencio”. El blanco restituye en el verso la respiración que no marcan los signos de puntuación, ausentes de esta lengua poética. Es, a la vez, otro punto de encuentro con Montalbetti, que lo señala en “Disculpe ¿es aquí la

tabaquería?" (*El lenguaje es un revólver para dos*, 2008) en el que también hay una alusión al poema de Fernando Pessoa (como Álvaro de Campos):

Nadie dice todo. Nadie dice nada.
Lo deseable es decir poquísimo.
Callar no es más radical.
Callar es como raparse la cabeza:
el pelo vuelve a crecer.
Pero decir poquísimo, decir lo mínimo
que uno puede decir,
eso es lo que nos permite decir algo.

De la década de 1930, como Thénon y Pizarnik, es Juana Bignozzi, a quien Vanina Colagiovanni le dedicó la biografía que publicó este mismo año. Tampoco es por azar. Las relaciones, sean o no preexistentes, se tejen por obra de la edición, que es una de las prácticas que moldea los sistemas literarios. En el de la poesía latinoamericana, Montalbetti va con Jorge, con Lamborghini, con Arturo Carrera y con Varela, que va con Thénon, con Bignozzi y con los contemporáneos que ella amparaba y que, ahora, editan la otra.